

halló Canton en Africa, á orillas del rio Bagrada, una serpiente tan monstruosa, que detuvo la marcha de su ejército, y fué necesario llevar trabucos de guerra para matarla.

Octava LII.

Que de la paz y bien os trae anuncio

(7) Quam dilecti sunt pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona.

Octava LIX.

De un Juez, daba un libelo, otro venia

(8) Algunos fieles, temerosos de sucumbir á la fuerza de los tormentos, rescataban su vida por dinero, comprando una cédula de exencion, por la cual se les eximia de comparecer ante los tribunales: esta cédula se llamaba *libelo*: pero mas comunmente se daba este nombre al escrito en que se certificaba haber obedecido á los edictos de los emperadores, especie de apostasía eterna que la Iglesia consideró como un crimen, sujetando á penitencia pública á los que se hacian reos, los cuales eran llamados *libeláticos*.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Vuelta de Demódoco al templo de Homero.—Su tristeza y amargura.—Recibe la noticia de la persecucion Parte para Roma, adonde cree que Hierocles ha hecho conducir á Cimodocea.—Cimodocea es bautizada en el Jordan por San Jerónimo.—Llega á Tolemaida y se embarca para Grecia.—Una tempestad suscitada por las órdenes del cielo la arroja en las costas de Italia.

CANTO XIV.

I.

Quién podrá describir las duras penas
Que afligen las entrañas paternas?
Al padre de Cimódoce en Atenas,
Despues del triste adios, siervos leales
Pudieron de la mar llevarlo apenas.
Del templo de Minerva en los umbrales
El afligido anciano esperó el dia
Por ver si algun bajel aun descubria.

II.

Deseo vano! el alba amaneciera,
Mas en las ondas planas solamente
Ve el surco que trazó veloz galera.
Ya saliendo del mar un sol fulgente
Refleja en él su luz: nube lijera,
Parada acá y allá en el transparente
Cielo Atico, del sol dora el destello
Como el cuadrante de las Horas bello.

III.

Brillante cuadro, que al dolor da aumento
Del anciano infeliz: del sol veia
Primera vez sin su hija el nacimiento.
Inútiles consuelos le ofrecia
Su huésped, quien mirando un sentimiento
Tan profundo y constante, se aplaudia
De gozar hasta allí vida dichosa
Sin compañía de hijos ni de esposa. (1)

IV.

Tal de un valle el pastor que oye el lejano
Bronce que truena y cubre la campaña
De víctimas, se apiada del humano,
Y bendice sus rocas y cabaña.
Desde el siguiente sol quiso el anciano
A Mesenia volver por la montaña,
Pues su dolor seguir no le tolera
Los sitios que con su hija recorriera.

V.

En Corintio buscó luego la via
De Olimpia; mas sufrir no pudo el ruido
De la fiesta que entonces se tenia
A orillas del Alfeo: el monte erguido
De la Elide pasó que dividia
La Mesenia, y habiendo apercibido
A lo lejos del Itomo la cumbre,
En desmayo cayó de pesadumbre.

VI.

Bien pronto fué á la vida recobrado;
Bien pronto, vacilante, la ladera
Del Itomo subió y en casa ha entrado.
El lintel de las puertas ya cubriera
Hoja seca; el sendero halló borrado
De yerba que brotó: tan pronto altera
El tiempo de los hombres las señales!
Del templo pisó luego los umbrales.

VII.

La lámpara vió estincta; sobre el ara
Las cenizas halló de la becerra
Que por su hija al partir sacrificara.
Ante el sagrado Vate puesto en tierra:
"Cantor del triste Príamo! exclamára,
"Hoy mi familia toda en tí se encierra:
"De tu estirpe con canto lastimero
"Llora conmigo el vástago postrero."

VIII.

A este instante una cuerda de la lira
De Cimódoce estalla; á su ruido
Volviéndose Demódoco la mira:
“¿Qué he de ver mas! prorrumpo estremecido:
“Mi hija va á morir; la Parca en su ira
“Esta cuerda rompió!” A su alarido
Los esclavos al templo se agolparon
Y á su pesar del ara le arrancaron.

IX.

Su dolor se acrecienta cada dia;
Grata memoria su pesar agrava.
Aquí su hija en los cantos instruía:
Allí solo con ella paseaba.
Cuando habemos perdido lo que hacia
Nuestro placer y encanto, nada acaba
Como el ver los lugares habitados
Los dias de la dicha afortunados.

X.

El Meseniense pueblo, condolido
De su tristeza y lágrimas, consiente
Suspenda sus funciones. Consumido
De pena el infeliz, visiblemente
Se acerca á la region de eterno olvido.
Las cartas de su hija que impaciente
Espera, ya le son interceptadas,
Ya en los mares de Oriente estraviadas

XI.

La familia de Eudoro perseguida
No le puede ofrecer consuelo alguno:
La madre goza ya de mejor vida.
¿Qué de ofrendas y votos importuno
Hace á Dios de quien no es su voz oída?
¿Y cuántas hecatombes á Neptuno
Promete si algun dia su hija cara
A la márgen del Pámiso arribara?

XII.

Muere el dia, renace, y ve al Antiste,
La mano en las entrañas palpitantes,
Preguntar de su suerte el hado triste.
El consulta los templos mas distantes.
Ya de ropa de duelo se reviste,
Alza á las Furias manos suplicantes,
Y con don expiatorio las congracia
Como si fuera un crimen la desgracia.

XIII.

Ya, de flor coronado y verde espiga,
Invoca, gesto alegre aparentando,
La Deidad que del llanto es enemiga.
Ceremonias antiguas renovando,
No hay práctica ni rito que no siga,
Hasta la era de Néstor remontando.
Los libros él ojea Sibilinos
Por leer de su hija los destinos.

XIV.

Anciano lamentable! oye el sonido
Del clarín que retiñe en la montaña,
Y el hado de tu hija habrás sabido.
El pretor de Mesenia ardiendo en saña,
De tropa y de satélites seguido,
Recorre la ciudad y la campaña,
Por Augusto á Galerio proclamando
Y el edicto sangriento publicando.

XV.

Demódoco al principio no consiente
En lo que oye, mas todo lo confirma;
Y un bajel que arribára del Oriente,
De la hija de Homero el robo afirma.
¿Qué hará el padre? La pena vehemente
Nuevas fuerzas prestó á su edad infirma;
Marchar quiere á la corte del imperio
A reclamar su hija de Galerio.

XVI.

Antes que el templo Homereo traspusiera,
Un cáliz lacrimal al sacro Vate
Ofrece con ebúrnêa galera.
Alhajas vende, vende su Penate,
Nupcial velo de Epícaris, su entera
Fortuna, que prepara por rescate
De su hija infeliz. ¡Vano desvelo!
Sus conquistas ceder no quiere el cielo.

XVII.

En ella el mundo parte ya no tiene,
Que su alma en el bautismo renovando,
Un sitio en el empíreo se previene.
Ya al romper de la aurora abandonando
La gruta de Belen, al Jordan viene.
Jerónimo el camino va mostrando,
De una zona pelícêa cubierto,
Como se vió á san Juan en el desierto.

XVIII.

Del norte para el austro se corrian
Dos alas de fragosas cordilleras
Que sin vueltas ni senos parecian.
Del lado de Salen tan solo vieras
Montecillos de greda que ofrecian
El aspecto de rollos y banderas,
Armas en pabellon, tiendas alzadas,
En el confin de un valle colocadas.

XIX.

Hácia la Arabia roca son pendiente
Macilenta, que al mar Muerto vertia
De azufre y de betun negro torrente,
La mas ténue aveçilla buscaria
En vano de una yerba la simiente.
La patria anunciar todo parecia
De un pueblo contumaz, y el torpo incesto (2)
De que nació Moab y Amon funesto.

XX.

El valle entre estos montes comprendido
Es semejante al suelo árido, adusto,
De que hace tiempo el mar se ha retraído.
Acá y allá crecía humilde arbusto,
Cubierto de la sal de que es nutrido,
Cuya corteza tiene olor y gusto
De humo pestilencial. Vense esparcidas,
Por pueblos, varias torres derruidas.

XXI.

Por medio de este valle lentamente
Un rio sin color sus olas rueda
Hacia el mar que lo absorve. Su corriente
Se confunde á lo lejos con la greda
Y arena blanquecina. Solamente
A distancia se ve alguna salceda,
O mimbral, en que el Arabe ladino
Acecha al viajante ó peregrino.

XXII.

“Mirad, dice Jerónimo, el aciago
“Sitio que castigó la ira del cielo;
“El rio es el Jordan, mar Muerto el lago.
“Brillante lo mirais; mas en su suelo
“De Sodoma y Gomorra fué el estrago.
“Ningun pájaro en él emprende el vuelo;
“Sus ondas son amargas y pesadas,
“Por buque ni batel nunca surcadas.

XXIII.

“Ved la ruta de Hebron: el sol brillante
“A la voz de Josué retrogradára.
“Una tierra pisais aun humeante
“Del furor de Adonay, que consolára
“Jesucristo despues, Jóven amante,
“Ves á buscar tu esposo; mas repara
“Este grande espectáculo, su idea
“Hará que un puro amor mas grave sea.”

XXIV.

Hablando asi, en el valle han descendido.
Cimódoce de sed atormentada
De un árbol coje un fruto parecido
A la cidra de cáscara dorada;
Mas llevado á la boca, lo halló henchido
De una ceniza amarga y calcinada.
Jerónimo exclamó: “¡Ved la figura
“Del placer de este mundo y su amargura!”

XXV.

Y el polvo de sus plantas sacudiendo,
Se encamina hácia un bosque en donde crece
El tamarindo y bálsamo, venciendo
Los estorbos que un suelo ingrato ofrece.
Bajo sus mismos pasos descubriendo
Un objeto moivble que parece
Bullir entre la arena delicada.
“Ved, dice, del Jordan la onda sagrada.

XXVI.

“Ven, hija muy dichosa, en su ribera
“Saca la onda de vida, al sitio mismo
“En que al paso de Isráel se dividiera.
“A Jesus dió san Juan aquí el bautismo.
“De este monte Abarim Moís descubriera
“Estos santos lugares: asimismo
“Las montañas ve allí donde el Mesías
“En ayuno pasó cuarenta dias.

XXVII.

Jerónimo en el rio al punto ha entrado,
Y la jóven tras él solo en la arena
Doroteo quedó, y arrodillado
Contempla y es testigo de esta escena.
En torno de la vírgen su ola ha alzado
El Jordan, y del manto el pliegue llena
La onda que se desliza de su planta:
Asi se abrió otro tiempo á la Arca santa.

XXVIII.

Su frente ante Jerónimo inclinando,
Con una voz que encanta la ribera
Del Jordan, á Satan renuncia infando,
Vanas obras, y pompa lisonjera.
Una concha después aquel llenando
De la linfa que el alma regenera,
La vierte en su cabeza, haciendo el signo
De la cruz, en el nombre de Dios trino.

XXIX.

Cae rápida la onda sobre el cuello
De la hermosa doncella, desrollando
Con su peso los rizos del cabello.
De primavera asi rocío blando.
Florecente jazmin con su destello
Humedece, en el tallo resbalando.
¡Qué tierno es un bautismo recibido
En donde por Jesus fué instituido!

XXX.

Y ¡qué hermosa esta vírgen inocente
Al salir de las ondas pareciera
De gracia revestida! Solamente
La Hermosura eternal apareciera
Mas bella en este sitio y esplendente,
Cuando abriéndose el cielo se estendiera
La voz del Padre: “Ved mi hijo amado,
“En quien todo mi gozo he colocado.”

XXXI.

De las ondas apenas han salido,
No lejos se avistó una caravana,
Que Gerónimo luego ha conocido
Por una tribu de Arabes cristiana.
Esta Iglesia naciente ya ha sufrido
De la persecucion; tropa Romana
Los rebaños y yeguas la robára,
Y sólo los camellos la dejára.

XXXII.

Así que al Santo vió este pueblo errante
De quien fuera el Apóstol, con anhelo
Vinieron á su encuentro en el instante.
Jerónimo creyó mirar del cielo
El pródigo poder. “Jóven amante,
“A Cimódoce dice, emprende el vuelo;
“A Tolemaida ves con estos fieles,
“Para Roma tendrás allí bajeles.”

XXXIII.

“Veloz gacela, del mirar sencillo,
“Virgen mas grata que corriente pura,
“No temas, dice el Arabe caudillo:
“Por dó quiera llevarte hemos segura,
“Mandando nuestro padre.” En un altílo.
El sol puêsto, la tienda se asegura
Para pasar la noche, y un cordero
Tierno degüellan y asan todo entero.

XXXIV.

Sírvese sobre un plato de madera:
Cada uno su parte con robusto
Brazo rasga, y la leche se bebiera
Que el camello extraia del arbusto
Que en esta arena tórrida creciera,
Y su olor conservaba y grato gusto.
La noche cierra: siéntanse á la lumbre
Los hijos de Ismael sin pesadumbre.

XXXV.

Los camellos atados con ramales
Un círculo exterior en torno hacian.
El caudillo contó entonces los males
Que en Salen los cristianos padecian.
A los reflejos de la luz visuales
Sus gestos expresivos se veian,
Barba negra y cerrada, blancos dientes,
Y los pliegues del manto diferentes.

XXXVI.

Con atencion profunda le escuchaban
Sus compañeros, todos inclinados
Hácia el fuego: tan pronto un grito daban
De admiracion y pasmo penetrados;
Tan pronto sus discursos recontaban
Con énfasis: á veces á sus lados
Parecia la sombra del camello
Que por cima asomaba el largo cuello.

XXXVII.

Cimódoce en silencio contemplaba
Esta escena, admirando el poderío
De la gracia que así dulcificaba
Las costumbres del Arabe bravío,
Y á amparar la inocencia le inclinaba;
En tanto que el Romano en su extravío
Pensando honrar sus númenes sangrientos,
Sufoca de piedad los sentimientos.

XXXVIII.

Laurora amaneció clara y radiante.
 A orillas del Jordan todos alzaron
 Sus manos al Señor, y en el pujante
 Dorso de un dromedario colocaron
 Los sacros signos de esta Iglesia errante.
 In seguida á Jerónimo abrazaron:
 Al Santo como á hijos los bendice;
 Vuelto á la nueva Ester, así la dice:

XXXIX.

“Id, hija de Jacob, Reina de Oriente,
 “Que del yermo subís como esta aurora,
 “El peligro arrostrad osadamente.
 “No, la nueva Solima ya no llora
 “Al pié de la palmera tristemente,
 “Puesta en cautividad: (3) triunfante ahora,
 “Sobre esa misma palma coje el signo
 “De su triunfo inmortal de gloria digno.”

XL.

Dice, les da su adios, y marcha apriesa
 A su antro de Belen. La caravana
 Por montes y por sémita inaccesa
 Los dos fieles guió la Soberana
 De ángeles y de hombres que no cesa
 De velar por la tímida cristiana,
 La sostiene de un modo milagroso
 En camino tan largo y peligroso.

XLI.

Por esconder su vista á los infieles,
 Los entra en Tolemaida rodeados
 De una nube, y los lleva á
 Donde estaban los santos co...
 En tiempos de afiecion todos los meses
 Se prestaban de hermanos los cuidados,
 Ocultando aun con riesgo de su vida
 Aquellos cuya fé era combatida.

XLII.

Instruido el Prelado interiormente,
 Baja á abrirles la puerta presuroso:
 “Entre, dice, la esposa del valiente
 “Defensor de la fé: ¡día dichoso
 “El que á mi albergue os guia! ¡qué esplendente
 “Corona se prepara á vuestro esposo!
 “Entrad, vírgen sencilla, en este asilo
 “Mientras puedo ofrecéroslo tranquilo.”

XLIII.

El peligro no obstante les confiesa
 Que á Cimódoce en Siria amenazaba;
 Diciendo como Elena estaba presa,
 Y el ministro de Hiérocles buscaba
 A la esposa de Eudoro, con expresa
 Orden de reclamarla como esclava.
 “Mas aun hay medio, añade, de salvaros:
 “¿A que parte quereis entaminaros?”